



COMO CASI FORNICAR

Bernat Roig Borrull

COMO CASI FORNICAR



Primera edición: septiembre de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Bernat Roig Borrull

© Diseño de portada: Leire Martín de la Fuente

ISBN: 978-84-17961-46-6

ISBN digital: 978-84-17961-47-3

Depósito legal: M-29061-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Dedicat als meus pares, Montse i Joan, tot va començar amb ells.

*I també a en Pere Berga,
un Coach a qui li dec el meu somni de convertir-me en escriptor.*

*Y finalmente a Antonio José Alcedo Oliva, porque un amigo
que te dice la verdad a la cara es un tesoro de valor incalculable.*

CAPÍTULO 1

Fue como contemplar el destello de una explosión nuclear, el fuego de la albada penetrando el escudo de mi persiana. En la penumbra maldije la *Università di Firenze* por obligarme a levantarme temprano. Rápidamente me senté en el borde del colchón, apoyando mis pies en el suelo, intentando resistir la pereza que amenazaba mi puntualidad.

Las agujas de agua de la ducha, plateadas y afiladas como agujas erizaban mi piel, y el frío suelo de cerámica me producían escalofríos. La ducha era el único sacrificio capaz de librarme de esa pereza innata, convirtiendo mis párpados en plomo, cayendo antes, durante y después de mis clases.

Salí y cerré la puerta de mi pequeño apartamento, intentando no hacer ruido para no despertar a Paolo. El cielo de la mañana, una cortina de vapor gris perla, flotaba tranquilamente sobre las placas de aluminio onduladas que formaban el tejado de la residencia. La primera vez que visité el edificio con mis padres, pensé que parecía un museo de arte contemporáneo pegado a base de contenedores de un muelle industrial.

Jadeando, subí la aguda pendiente que daba al vasto jardín que presidía la entrada de la facultad de Ciencias Sociales, un laberinto de edificios graníticos, empequeñeciendo como cajones abiertos al llegar a la cima de la pendiente. Una pirámide blanca partida por la mitad.

Como casi todas las mañanas, recorrí todas las plantas, calentándome con los rayos que penetraban gradualmente las cristaleras

del tejado, impregnando los muros y escaleras más típicas de hospital. En verano era como pasear dentro un iglú caliente.

La silla de plástico del aula se quejó del inicio del día, y de mi falta de ejercicio, con un crujido. Sorbiendo un insulso capuchino de máquina, encendí el Sony Vaio, desconectando del monótono paradigma del barco, que el profesor soltaba, un hombre pequeño con barba pero intimidante. Una voz a la que te acostumbras tanto que te da sueño, como el tráfico.

Después de ver a un tipo escalando sin cuerda en YouTube, leí sobre la Segunda Guerra Mundial y chateé en Facebook con otros compañeros que pretendían tomar apuntes. Otros, rotaban sus muñecas con una mueca de incomodidad, mecanografiando cada palabra del profesor como eficientes secretarías.

—Buenos días, borrachín.

Carla, mi compañera de estudios en segundo de Sociología, se sentó a mi lado, apartándose elegantemente las rastas de cobre que cayeron sobre el pirsin céltico de su nariz al sentarse. Sus holgados pantalones de *hippie*, estampados con flores, no me dejaban ver el perfil de su culo, pero parecían lo más cómodo del mundo.

—¿Lo dices anticipando esta noche?

—¡Tengo muchísimas ganas de repetir cena de clase! —un hoyo diminuto apareció en su barbilla puntiaguda al sonreír desmesuradamente.

—Yo no voy.

El rostro de Carla pareció recibir un jarrón de agua fría, al mismo tiempo que el profesor nos lanzaba una mirada de reprobación y aviso.

—Si todos vamos. ¿Te acuerdas de la última vez, que querían echarnos del chino por empezar una guerra de pan con la mesa vecina? —me susurró al oído.

—Solo me quedan veinte euros. Los necesito para la fiesta del campus y el billete de tren de vuelta a Aulla.

—Te dejo la pasta, ya me la devolverás la semana que viene.

—Tentador, pero iré directamente a la fiesta del campus al terminar la cena —el corazón me dio un pequeño brinco de emoción al recordar las orgías en las fraternidades universitarias de las películas de Hollywood.

Pasadas las diez de la noche, me uní a Paolo y sus amigos Luca y Diego de Ingeniería Informática, para calentar con unas bebidas en el aparcamiento del campus. Paolo desenroscó la botella de tequila para él solo, dándole tragos sin pestañear. Su barba frondosa, recortada acuradamente, le daba un aspecto maduro. Apariencias. Aunque solía conducir, cuando bebía dejaba la línea de la sobriedad tan atrás, que solo llegaba a su cuarto gateando.

—La armadura del dragón neutro tiene muy poca defensa contra los ataques de maná... —soltó Diego, que vestía una camiseta de la primera película de *Star Wars*. Su voz áspera y grave desentonaba con el tópico friki.

Vodka, cerveza, ron, ginebra y *whisky* empezaron a emerger, tintineando de los maleteros de los coches, demostrando que muchos estudiantes se habrían ganado mejor el pan durante una ley seca. Una cerca automovilística entre el campo de fútbol y la cafetería destartalada camuflaba centenares de vasos de plástico, ginebra y vodka barato con cocaola sin hielo.

Mi panda friki seguía comentando el uso y ventajas del maná a larga distancia, como si resumieran un apunte clave para los exámenes, o el truco infalible para seducir mujeres. Suspiré buscando a Paolo, pero este había desaparecido. Di un trago a mi vodka con limón sin agitar, abrasando mi paladar como si enguliese cera caliente.

Las charlas sobre parejas, la *telebasura* o la moda desangraban mi paciencia, pero después de la tesis doctoral sobre dragones habría suplicado de rodillas que me hablasen del amor, una bofetada para rescatarme del *World of Warcraft* que se había adueñado de mi noche.

—Chicos, esta es April —dijo una voz potente, con una nota afónica final, detrás de mí.

Paolo inclinaba la cabeza hacia una chica de cabellos avellana minuciosamente estilizados, y unos ojos plateados que le daban un aire reptil. Se apoyó en el hombro de Thomas, como si resbalase sobre hielo. Estaba tan borracha, que en una escala del uno al diez habría apostado todo al nueve, siendo el diez un coma etílico.

—April, estos son Luca, Diego y Nick.

Sus facciones suaves y poco marcadas se deformaron al sonreír, parecía que recién hubiese cumplido dieciséis, aunque me encantaban las puntas abiertas de su melena. Le daban un aire desenfadado de los noventa.

Mis escasas habilidades con las mujeres, fruto de mi anoréxico círculo social adolescente y mi romance con los videojuegos, se limitaban a esperar a que ellas se acercasen y rezar para que, impresionada por mi caballerosidad, quisiese introducirse mi pene sin dilación.

April saludó haciendo un círculo con su mano, mientras tanto, mis compañeros de clase empezaron a llegar. Saludé a Carla con un gesto de empinar el codo, al verla salir de su Fiat, cuando una mano pequeña y suave empezó a rebuscar los bolsillos de mis tejanos. Con un bum metálico, el corazón me embistió las costillas y, exaltado, me di la vuelta para confrontar el ladrón, que no era otra que April, con ojos reptiles entreabiertos y una sonrisa bobalicona.

Quería disimular que su toqueo descarado me excitaba, pero habría hecho cualquier cosa con tal de que no parase. Diecinueve años y solo había besado a tres chicas. Ignorado por las mujeres como unos guisantes olvidados en el congelador, una mano femenina rebuscando mi bolsillo era un progreso erótico que desató un frenesí emocional.

—¿No tienes cigarrillos? —preguntó con una risa tonta, sabiéndose descubierta.

Algo decepcionado porque en el fondo sabía que no buscaba mi pene, me animé observando descaradamente el escote desabrochado de su camisa celeste.

—¿Sabes que los chinos tienen un pene enorme?

—Nunca me había parado a pensarlo —emocionado y confuso, me moría de ganas por saber si se estaba insinuando.

—Antes de ayer me follé a uno. Tenía el pene bien gordo, me dejó flipando. Yo siempre pensé que la tenían pequeña... —balbuceaba arrastrando las palabras, ese acento borracho, representando un pene minúsculo con los dedos.

—Me alegra que me lo hayas contado, seguramente los chinos también se alegran mucho —contesté sin disimular un repentino asqueo. Los tamaños del sudeste asiático no derivaban a una geografía próxima a mis intereses. Pero por primera vez, alguien sin pene, o sacado de un video porno, me relataba sus encuentros sexuales.

Después de vaciar un par de vodkas más cada uno, Paolo, April, Carla y yo decidimos seguir la fiesta en el centro de *Firenze*. Subimos en el Fiat rojo destartado de Carla, que insistía en ir al Space Electronic. Era la única con coche, y la única capaz de andar en línea recta, así que claudicamos.

El motor de la lata con ruedas tosió como un fumador compulsivo al arrancar, y vibró. April, sentada detrás conmigo y aprovechando el ruido, me agarró la barbilla, plantándome un beso en los labios. Sonriendo, se apartó, desafiándome con la mirada a conseguir más.

En una respuesta casi refleja, me incliné sobre ella. Con mi vida sexual en apuros, hice autoestop, subiéndome al primer coche que podía conducirme a mi primer polvo. El *sex appeal* del conductor, no me importó. Además, estaba seguro de que la muy salida aún pensaba en el chino y su *Gran Muralla*, pero me moría de ganas por dejar de ser virgen.

Al separar nuestros labios, sus ojos se desplomaron sobre el cuello de mi camisa. ¿Qué demonios miraba? Su rostro estaba pálido y su frente empapada de sudor. Echándose hacia atrás, apoyó su nuca en el respaldo del coche y cerró los ojos.

Con un súbito espasmo, un pajarraco de café con leche salió despedido de su boca, estampándose en el reverso del asiento delantero. Un hilillo caía de los pálidos labios de April, que cerró los

ojos y apoyó los codos sobre las rodillas. Un repugnante e insoportable olor a bomba fétida casi me hizo vomitar a mí también.

—¿Esa imbécil acaba de vomitar en mi coche? —preguntó Carla, con un tono tan apacible que me heló la sangre.

—Pues... eso me temo —susurré encogido. En el asiento del copiloto, Paolo se tapaba la boca, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no descojonarse.

—*¡Porca putana. Siete dei porci! Caszxo*, fuera de aquí ¡ya! *¡Andiamo!*, y vosotros también —sentenció con una mirada asesina sobre Paolo y sobre mí.

Huimos de Carla y su Fiat, que apestaría a calcetín de deporte sin lavar durante una semana, por lo menos. Los tacos y los tosidos del motor cedieron a la pacífica penumbra y al canto de los grillos, alejándonos calle arriba, vuelta a la residencia.

Los postes de la luz de ese barrio me fascinaban. Eran como los que se ven en las postales de las capitales europeas del siglo XIX, incluso la típica fina capa de niebla del Londres victoriano se deslizaba fantasmagóricamente sobre los tejados de pizarra. Pero el brillo de los números dorados en las puertas me tranquilizaba. Resoplando por la cuesta, me bajé la cremallera de mi sudadera, el calor del vodka me quemaba el pecho.

Paolo nos empujaba, a mí y mi beodo ligue, al detenernos a resumir besos. Nunca había besado a una chica durante más de diez minutos, y la posibilidad real de tener una cita inflamó mi ánimo como una cerilla empapada de gasolina. El suave tacto de la mano de una mujer sobre la reseca piel de mis nudillos era una droga.

Cargando con la medio inconsciente, April por las escaleras, Paolo y yo la acostamos sobre el sofá plegable en nuestro pequeño salón. Adoptando una sonrisa de angelito, April se acurrucó sobre un lado, en posición fetal, y se tapó con la manta de cuadros.

Al darme la vuelta para coger un vaso de agua, empezó a revolverse intranquila. Observando su expresión de agotamiento físico, me bebía un vaso de agua detrás la barra de mármol, que separaba la cocina de la salita de estar.

—No quiero quedarme sola... —murmuró, quizás soñando, pero segundos después, dejó de delirar.

Paolo, con los dedos metidos en la olla, sorbía los espaguetis con atún sobrantes de la cena. Me miró con ojos de cordero degollado, implorándome que me ocupase de ella. Le hice un vaivén con la mano para mandarlo a su cuarto. Me quité los zapatos, apagué la luz y me recosté al lado de April. Creí mi oportunidad malgastada, resignándome a una peli porno al día siguiente, pero la sensación física más esperada del mundo, una caricia en la entrepierna, me sacó de mi error.

—¿Tu cuarto está arriba? No quiero que Paolo nos pille —me susurró, sonriendo traviesamente. Su fétido aliento me provocó arcadas, pero enseguida se me pasó, ya que sus dedos desabrochaban juguetonamente mi cinturón—. Vamos al cuarto —dijo deteniéndose y haciéndome sentir más desdichado que al tener que correr al baño en el momento en que los anuncios terminan y la película se reanuda.

Subimos, se dejó caer sobre mi cama, retorciéndose y luego estirándose como un gato encima las sábanas crema pastel. Al verme indeciso, me hizo señas con el dedo, como si fuera un cachorrito perdido siguiéndola. Y me sentía como tal.

La rodeé con mis brazos, mis dedos recorriendo infructuosamente el cierre de su sostén, estrujándome los sesos por recordar algún detalle, sobre la escena de la competición de desabrochar sostenes en *American Pie*.

—Es tu primera vez, ¿verdad?

—Bueno... sí... es verdad —no se me daba bien fingir de todas formas.

Pondero brevemente, mirándome como a un paciente enfermo aún por diagnosticar, y volvió a besarme, acariciando a Charlie bruscamente. Así es como bauticé a mi pene, inspirado por personajes de las series *Two and a half men* y *Californication*.

Influenciado por mi adicción al porno, me imaginaba una rutina sagrada para el coito. Besos, sigue la felación y luego el que ha

dado, recibe. Luego empieza el bamboleo de la penetración, coronada con una espectacular felación.

Aturdido por una mezcla de alcohol y por no saber cómo, dónde moverme o qué decir, me di cuenta de que mi bautizo de leche no avanzaba con esa naturalidad del porno.

«¿Qué hago a continuación? ¿Cuándo cambiamos de fase?». Me sentía tan fuera de lugar e inútil como un novato preparando cocteles detrás la barra un sábado noche. Incómodo, observaba a April despojándome descortésmente de mi bóxer negro de Calvin Klein.

—Cómeme la almeja —dijo empujándome la cabeza hacia abajo y echándose a placer, tal cual en el sofá de su casa, después de un agotador día de trabajo.

Dubitativamente agarré sus piernas y las abrí. Lo había visto miles de veces, pero su cueva no me excitaba, me asustaba.

—¿No tienes ni idea de cómo hacerlo? Arrodiílate, en el suelo te irá mejor —me gruñó, como si tratase con un mocoso de cinco años.

Derrotada en el sofá me caía mejor. Pero le hice caso, me arrodié en el suelo y apoyé mis codos en el borde del colchón. April dobló sus rodillas encima de mis hombros y su mano empujó mi nuca, hasta que mi nariz rozó una vagina por primera vez. Parecía un labio arrugado, sumergido y tostado por el sol en exceso.

Todas esas tardes de porno y no conseguía un primer plano del clítoris, así que me lancé a plantar lametones aleatorios sobre los pliegues de la piel.

Exhaustivamente, como quien busca espacio en la playa abarrotada de mocosos, padres permisivos a quienes darías una colleja y turistas rodeados de latas de cerveza, me tropecé con la entrada, sondeando inmediatamente la profundidad con mi dedo. Se hundió y resurgió plácidamente, como lo haría en un vaso de gelatina. Añadí dedos y aceleré, la escasa resistencia desaparecía.

Ignoraba si le producía placer. El sexo oral femenino no tenía mucha gracia. Un chorro de aire caliente, olor dominante e intenso como el azafrán me empapaba la nariz cada vez que sus piernas me

atenazaban la cabeza. Al menos tuvo el detalle de no quejarse de mi primera lección de buceo.

Diez minutos atrás, April deliraba medio inconsciente en mi sofá, ahora jadeaba y arqueaba su espalda, reaccionando con pequeñas convulsiones a mis estímulos, sin dar signos de cansancio. La *Gran Muralla China* no le había pasado factura.

—Túmbate —exigió, sujetándome el pelo para detenerme.

Aliviado, me incorporé. Con mi repertorio de lengua agotado, por fin las luces del semáforo cambiaban a verde y era mi turno de relajarme. Recibir una mamada no tiene secreto, pensé, estirando mis extremidades agarrotadas. No como comer una vagina, quién hubiese pensado que fuese tan agotador.

Me tumbé boca arriba, apoyándome sobre mis codos, expectante. April se colocó entre mis piernas, como un felino agazapado, zarandeando su melena castaña a un lado. Quería grabar en mi memoria cada gesto de sus labios y dedos.

Sin ceremonias, sin presentaciones, engulló mi sexo, apretando y tirando de la base. Su cabeza subía y bajaba, ladeándola a la derecha ocasionalmente, como si quisiese sacarse el agua de los oídos. Me estremecí imaginándomela sacando el vómito por allí.

Un estímulo reconfortante, suave y amable, como el espasmo del bostezo, recorrió mi estómago. El frotamiento de su lengua, marcado como un estropajo bajo el agua tibia, cepillaba mi glande. Era cálido, igual que una toalla empapada en aguas termales, envolviendo cada pizca de ultrasensible piel.

En medio de su cabeceo, una inquietud, un desasosiego imposible disparó las alarmas. Me notaba demasiado tieso, hundido en el colchón, descendiendo suave, pero irremediadamente hacia el vacío.

Me embargó la humillación. Aunque no quería admitirlo, no estaba suficientemente rígido para penetrar siquiera un maldito dónut. Nunca me había sentido tan nervioso pensando en lo que podía hacer o decir. Ni en la peor de mis pesadillas me lo habría planteado.

Desesperado y a contrarreloj, recurrí a la pornografía retenida en mi memoria. Cerré los ojos, buscando focalizarme en un solo

recuerdo, expectante, que en cualquier momento la sangre endureciese la carne.

«¡*Porca putana!* ¡Venga! ¿Qué está pasando? Esto no debería ser así. Nunca esta humillación. Colgando como un *cazaxo* de colchón desinflado». Mi carcasa de placer y desenfreno se pudría, carcomida por la confusión, desesperación, miedo e inseguridad.

Abrí mis ojos, rezando para ver a Charlie botar. Era como mirar un tubo de carne inerte reposando sobre mis enmarañados testículos, que parecían más pequeños a pesar de no sentir frío. A April no pareció molestarle en absoluto, igual que si limpiase su frente al correr en la cinta, se apartaba el arco del pelo, que volvía cada vez al cauce natural de su frente, interponiéndose al relamer y succionar.

Su indiferencia a los reversos me dio esperanza. ¿Era posible que esa *porcata di impotenza* fuera la consecuencia de haber abusado del vodka? Probable, pero poco podía hacer al respecto.

«¿Le digo que me encuentro mal? Demasiado pronto, es mi primera vez. No puedo dejarlo ahora, a este ritmo me graduaré antes de volver a tener otra oportunidad». Volví a sumergirme en la piscina de los recuerdos lascivos, de pezones como torreones retransmitiendo necesidad sexual. Nada parecidos a los pechos gelatinosos que colgaban delante, rebotando como una bolsa de supermercado llena bajo su propietaria, que seguía tan desdichada.

El brillo de la madera de las puertas correderas del armario me distraía, y después todo empezó a brillar en la oscuridad. La manija dorada de la puerta del baño, el vaso con un culo de agua blanquecina estancada; encima, la revista del escritorio; la silla con mi ropa de deporte Nike, la melena estilizada de April bamboleándose como un yorkshire terrier corriendo sobre sus patitas. Todo mezclado en un tornado, superponiéndose y distorsionándose en un cuadro grotesco, digno de Dalí.

Apoyé mi cabeza en la almohada, y cada vez que me incorporaba para contemplar sus fútiles intentos, me sentía más cerca de desmayarme. Lo peor es el rencor que sentía por haber subestimado un problema que nunca imaginé sufrir.

No estoy seguro si la ralentizada April procesó la escasez de volumen en su paladar o, simplemente, igual que yo me imaginaba una rutina en base al porno, ella también tenía la suya, un acto reflejo como hurgarse la nariz.

Limpiándose el labio con el pulgar, se incorporó sobre las rodillas, doblándose hacia el borde de la cama, donde agarró un plástico brillante de su bolso-estuche de cuero negro, que reflejaba la luz de la ventana como un pantano en la noche.

El ruido del envoltorio al romperse me recordó a un huevo estallando contra el suelo. Con cierta torpeza apuntaló el condón encima de mi semiflácido pene, tarea que me pareció más imposible que bañar a un gato.

—Levántate —dijo echándose sobre su espalda y abriendo las piernas como si fueran los extremos de unas pinzas. Me avergonzaba mi falta de experiencia, pero su actitud arrogante y condescendiente me provocaba un impulso justificado de mandarla fuera de la cama con una patada.

Empujé mi pelvis contra la suya; ensanchando el agujero con los dedos logré deslizarme dentro. Mi primera vez se parecía a la humedad y calidez del francés, aunque la presión de sus paredes me hacía sentir más seguro.

Apuntalando mis manos en la almohada, estiré antebrazos y piernas, alargándome como si fuera a hacer flexiones. Apreté mis nalgas y empujé, preocupado por hacerle daño, si bombeaba bruscamente.

Mi segundo pensamiento fue darle la razón a Paolo. Era verdad lo que me dijo, que no hay para tanto; pero que cuanto más follas, más quieres. Pensaba que lo decía porque no follaba muy a menudo. De momento era solo un cosquilleo ahí abajo. Con una paja me habría comprado lo mismo, por la mitad de precio.

April exhalaba a media voz cuando aceleraba. Me alegraba, pensaba que así estaría sin quejarse. Fueron un par de minutos empujando nuestras pelvis, pero me pareció un parpadeo. Y caí. Era blando, no me gustaba, quería sentir.

—¿Qué te pasa? —preguntó sujetándose el cuello.

—Solo estoy un poco nervioso.

—Si no te tranquilizas no vas a lograrlo.

Hubiese preferido una golpiza del pene descomunal del chino antes que su falta de tacto, como si fuésemos dos personas distintas que se utilizaban mutuamente para llegar al orgasmo. Quizás lo éramos. No lograba distinguir la cara de April. ¿Sonreía? Si era de compasión o de burla, no sabría decir. Me entraron ganas de llorar, aun habiendo estado solo... Notaba mis mejillas más secas y ardientes que la arena de la playa.

Lo admití. Mi oportunidad de echar mi primer polvo se había convertido en mi primer gatillazo. Con ojos morbosos no podía dejar de mirar mi herida abierta, mi pene flácido, inerte como la piel de un plátano colgando de la basura. Abrumado por la súbita vergüenza de saber que no estaba solo, clavé los ojos sobre el suelo.

Deseaba desvanecerme de esa situación violenta, que April desapareciese, que mi cuarto, todos mis miedos, se los tragara un agujero negro. «Debo beber menos la próxima vez, aunque ya no estoy seguro de que sea eso».

Soñaba con estrenarme, creyendo que lo necesitaba, que todos tenían, excepto yo. Algo esencial. Mantiene la autoestima fuerte. Especialmente delante de los colegas, los consejeros del amor durante la adolescencia.

Al principio pensé que era mi imaginación, algo caliente recorriendo mi zona púbica, empezando desde el escroto, notándolo en la carne, izándola, alzando las sábanas en forma de tienda de campaña. Por fin *stronzo*, ¿de vacaciones en el peor momento, eh? Respiré aliviado, repitiéndome que todo había sido una broma de mal gusto.

Resucitando de sus cenizas, Charlie presionaba, emergiendo del capullo de piel que empujaba contra la barriga de April, que respiraba pesadamente, con la boca abierta y dormitando.

—Pssst, ¡ha vuelto, April! Venga, vamos a intentarlo —le susurré al oído, dirigiendo impaciente su mano. Sin abrir los párpados, empezó a masturbarme, muy relajadamente.

—Necesitamos otro condón —murmuró al fin, con la voz resquebrajada por la somnolencia y la bebida.

—¿Tienes más?

Sacudió la cabeza despaciosamente, demasiado exhausta. Con la agilidad de una pantera saltando sobre una presa indefensa, salté sobre mis tejanos arrugados, sacando un preservativo de la cartera almacenado allí desde hace un año, por lo menos. «No me falles, Charlie. No podemos permitirnos ser el hazmerreír».

Antes de recostarme, destripé el reverso plateado, estirando la luna de látex sobre la punta del pene. No fue tan fácil como con los rígidos consoladores de las clases de sexualidad en el instituto. Aunque fue igual de embarazoso. La maldita goma permanecía enrollada, y cada vez que intentaba empujarla hasta la base, doblegaba mi sexo en un ángulo repulsivo.

Cuándo logré encapucharlo, flaqueaba de nuevo y April seguía ausente. Mordiéndose los labios, anticipando, echó la frente hacia atrás; agarrándome el culo, tiró de mis caderas hacia sus piernas abiertas. Mi media virilidad envuelta por su mano, sus ojos concentrados en una expresión laboriosa, serena. No tenía voluntad para un tercer asalto. Tampoco ella.

Habiéndola cagado de forma escandalosa, me relajó un poquito pensar que no podíairme peor. La fricción sobre mi piel era casi imperceptible, el preservativo era como un cristal, me dejaba ver a través, pero nunca sentir su piel.

Columpiándome toscamente como un crío desesperado por ganar empuje en el columpio, me animaba ver nuestros cuerpos entrelazados por la presión sobre mi pene, con el cuál martilleaba en distintos ángulos, ansioso por encontrar fricción y consistencia.

April, recostada en la almohada, arañándome las costillas con sus uñas carmesí, torcía su cabeza a los lados. ¿Sufría pesadillas mientras follábamos? Sus pequeños dientes cuadrados mordían el labio inferior, desfigurando su boca en una mueca de ronroneo. De vez en cuando estrujaba mis nalgas ásperamente, como si quisiese decirme algo.

Creí lograrlo, enmarcar mi virginidad en el álbum de los recuerdos, recordar el mal trago con nostalgia. Recordarlo no menos satisfecho que un rey rodeado de su harén. El mundo lo contemplaría en mis fulgurantes ojos, en mi mentón altivo, una sonrisa arrogante y sensación de invulnerabilidad.

Nunca pensé que Sun-Tzu también se debía aplicar al sexo: El único momento de celebrar una victoria es cuando el enemigo ha sido completamente decimado, sus líderes ejecutados y sus creencias obliteradas.

—¿Ya está? —¡Plof! ¡Plof! ¡Plof! El choque inútil de nuestras caderas resonaba en las paredes, el roce esfumado.

«Sí *porca* perra, ya está. Si querías tirarte a un profesional haber pagado por uno, y aunque le hubieses dejado propina, no creo que hubiese besado tu boca apestando a la ensaladilla rusa de la cena y vodka barato».

—No te preocupes, supongo que puede ocurrir la primera vez. Tienes que relajarte —dijo con un tono compasivo y condescendiente, como quien regaña a un niño que no sabe que ha hecho algo malo. No creo que quisiese herirme, pero el pedo exacerbaba su actitud arrogante.

Nunca en mis diecinueve años me había sentido tan abandonado a mi suerte. Toda mi adolescencia soñando con ese instante, desde que me masturbé por primera vez con un video de dos esquiadores compartiendo una delgada morena con gafas de sol redondas y un mono granate.

Las cremalleras desabrochadas, las piernas apuntando al intenso sol, los gemidos, los húmedos penes entrando y saliendo de su entrepierna depilada, las pieles bronceadas destacando sobre la pálida nieve. Todo faltaba, nada era como debería ser.

Los condones yacían vacíos, pieles de serpiente sobre las baldosas, recordándome que no solo me había hecho daño a mí, eso podía soportarlo, le había hecho daño y producido vergüenza a otro ser humano.

—Vamos a dormir.

«¿Qué voy a hacer si ocurre otra vez? ¿Qué he hecho para merecerme esto?».

Desnudos y separados. Sin apartar los ojos del blanco techo, que al menos no me recordaba a nada. April me dio la espalda, acurrucada, podía oler el champú de melocotón de su cabello de bronce. Quería acercar mis dedos y acariciarlo, pero no me atrevía.

—¿Me podrías prestar algo de ropa? —preguntó sin siquiera mirarme.

Pero me sentí contento de poder mitigar la opresiva incomodidad, darle algo a cambio de lo que le había quitado. No me atreví a preguntarle dónde iba; se enfundó en mis pantalones cortos de baloncesto, agarró su ropa, su bolso, zapatos y se fue. La puerta blanca se cerró con un apático crujido.

En silencio cortaba mi aliento, por fin dándome cuenta de lo oscuro que estaba el cuarto. Palpaba a ciegas mi cuerpo. Quizás quería seguir a April, huir del silencioso infierno, quizás era instinto de auto preservación, quería comprobar si estaba a salvo.

Las bisagras de la puerta de Paolo chirriaron. Parecían viejos amigos, podrían estar follando. Desde luego no quería saberlo. Mi ligue yéndose a la cama de otro, inmediatamente después de abandonar la mía... No estaba preparado para eso, no quería.

Poco a poco la penumbra retrocedía, no así el aire viciado y opresivo. Volví a distinguir, las manos entrelazadas sobre los rizos de la barriga, el pene flácido como una cuerda mal enrollada, la ropa y los zapatos desperdigados en el suelo. Me puse los pantalones del pijama, deseando taparme, todo. ¿Cómo viviría con semejante vergüenza?

Las noches de fin de marzo eran frescas, pero una nube de saturación impregnaba mi pecho y garganta. Chorros de sudor caían por mi espalda, pegándome a las sábanas, como si hubiese terminado una maratón. Mi respiración, densa y a ráfagas, me mareaba, y el zumbido incesante, el ruido de una frecuencia de televisión sin sintonizar me estresaba.

Poco a poco los rayos de sol fragmentaron los reductos de oscuridad de la noche más larga. Eran las diez y cuarto de la mañana

y había pasado la noche en vela, pero no sentía sueño. Me tomé mi tiempo para auto compadecerme en el espejo, lavarme la cara y reunir coraje para volver a un mundo lleno de conocidos. Fingir que todo iba bien.

Abrí la puerta e inspiré coraje. Mis pies se detuvieron en el rellano de las escaleras. April, sentada en el sofá azul, tecleaba ab-sorta en el móvil. No quería ir. *No encontrarás respuestas encerrado en tu cuarto. Sal ahí, cuéntale lo que pasó.* No podía echarme atrás, habría oído los escalones crujir.

Me acerqué discretamente, temeroso. Puse una mano sobre mis ojos para protegerlos de los potentes rayos de sol que parecían poder abrasar el cristal. April agarró uno de sus botines negros y se puso a frotarlo con papel de váter.

—Buenos días, ¿cómo has descansado? —una sonrisa de media luna se dibujó en sus labios, que habían recuperado el color violeta. Aliviado por su naturalidad, sentí que quizás podríamos incluso evitar el desagradable tema.

—He dormido bastante mal —contesté evitando sus ojos, temiendo que preguntara.

—Mis zapatos están llenos de vómito —su nariz se arrugó en una mueca de repelús—. Debí agarrar una bien fuerte ayer ¿no?

«¿Se acordaría del sexo? Mejor dicho, ¿de la ausencia del sexo? ¿Estaría fingiendo?».

—Carla me matará por tu culpa.

—Pídele perdón de mi parte, porfa. Si hay que pagar para limpiar la alfombrilla, Paolo le dará mi número de teléfono, ¿sí? —dijo con una mueca de arrepentimiento.

Cuéntale cómo te sientes, no es tonta, sabe lo que ha pasado. Debes admitirlo, si quieres superarlo. No compartís mucho, pero es tu primera chica, la primera en compartir cama con un tipo pintoresco como tú. A pesar de la distancia que os separa, sientes gratitud. Te rompe creer que la has decepcionado. Eres una buena persona, Nick.

Quería estar a solas. Que se fuese, pasar página, no hablar de ello, olvidarlo y seguir como si no hubiera pasado, encerrarlo don-

de no pudiese herirme. Volver a la normalidad me parecía más insufrible que una patada en la entrepierna, todo ese dolor del que no podía hablarle a nadie, fingir que todo iba bien.

Me llevó un tiempo lavar esos pantalones que le presté, retenían su aroma a zumo de naranja. No era un olor sexual, era el cariño que una mujer había sentido por mí. Su olor era lo único que me dejó.

Me recordaba que no estaba solo, que no tenía que estarlo. El olor de April era el olor de la esperanza. Esperanza para mí.